

Tres meses, tres semanas, tres días

Tierra de llanto, tierra reseca de espinos y de olivos retorcidos, tierra de sol y de chicharras. Bendita tierra de Niebla. Bendita tierra andaluza.

"En tierra de Niebla ha una, tierra que'l dizen las Roçinas, et es llana, et es toda Sotos, et ha sienpre puercos..."

"...et non se puede correr esta tierra sinon en invierno muy seco, que non sea lluvioso, et en verano non es de correr, porque es seca et muy dolentiosa".

Alfonso XI - Libro de la Montería

El vino- Hay que preñar a la cerda - ya tiene casi un año y está en celo por tercera vez- y para eso se necesitan hombres. La viuda Ermelinda ya está vieja y débil y llama a los vecinos para que la ayuden; el vino está servido en el patio y tras los saludos se ponen manos a la obra. El verraco escogido por Pedro no es muy experto pero su dueño sí -ya son muchos años dedicados a la monta- y con mucha maña lo sube y lo baja de la marrana hasta que atina en la vulva (sería un desperdicio que se le corriera en el culo). Le habla suave, lo anima y lo acompaña para que no resbale y asuste a la hembra. Los compadres controlan los movimientos de las bestias y el momento de la eyaculación. Son varios minutos yéndose y lo han de aguantar con la verga dentro sobre el lomo de la cerda a pesar de las embestidas. Una buena puerca ha de mantenerse sumisa e inmóvil para preñarla.

- ¡Este macho apunta maneras! ¡A ver si le ha hecho una docena! – grita orgulloso un parroquiano.

- ¡Si no es así, no cobras Pedro! – ríe la viuda enseñando los pocos dientes que le quedan.

La monta acaba y empieza el festejo. El vino fluye y el color cubre a todos las mejillas quemadas de sol. El vino es tinto y el río es Tinto; tanto da beber de uno que de otro. Hierve la sangre en esta tierra sólo por haber nacido con “tanta” calor. Los compadres disfrutan de la buena

compañía y agradecen la tarde de sosiego que se les ofrece; hoy no se resuella más arreando bestias ni se encorva uno sobre la tierra seca. Ermelinda los despide para ir a misa de ocho y los anima a que vuelvan a su casa a saciar la sed otro día. Los hombres se ajustan las gorras y marchan en grupos hacia el pueblo arrastrando las alpargatas de suela de cáñamo y subiéndose satisfechos los pantalones de pana por encima de la cintura.

El pan - La viuda Ermelinda no es exactamente viuda, es vieja y fue puta hasta que las arrugas le impidieron complacer a los machos. Tiene el rostro amarillo y céreo como las velas de la iglesia a la que acude a diario. Ahora acoge vírgenes en su casa con las que perpetuar la profesión. Eugenia llegó virgen, flaca, angulosa y morena, y el hambre la prestó al cortijo de la llanura para sobrevivir al verano. Son cien pesetas por temporada de cría que permitirán a su familia sobrevivir otro año. Es coja - Dios la castigó al nacer para evitar futuros pecados de soberbia y lujuria- y la única forma de sacarle provecho a la niña era meterla a puta. Estar tumbada disimula su cojera y casarla, ya no la iban a casar.

Eugenia parece que no siente, no sufre, no llora. Se tumba y se lava en la palangana blanca unas diez veces al día; hay escasez de todo - hasta de putas- y los machos tienen necesidades que hay que cubrir. Es buena hembra y se mantiene sumisa e inmóvil, tal como le ha enseñado la vieja. Y el médico la monta, el sacristán la monta, el molinero la monta, Pedro la monta, el herrero la monta y hasta el párroco la monta para sentir en sus propias y flácidas carnes los pecados que tendrán que confesarle sus feligreses.

Los buitres sobrevuelan los campos baldíos buscando la carroña que el verano y la sequía van dejando por las marismas yermas: ganado, puercos salvajes, gamos y hasta linceos. Y sobrevolando las marismas controlan el cortijo y a sus moradores en la linde.

El cuerpo - El joven domina la doma vaquera sobre un alazán brioso guiando al bravo a su redil. Lleva sombrero de paja para combatir un sol que tiende trampas mortales al jinete que arriesga su

vida a cada golpe de garrocha. Estos días Mauricio anda despistado. Se casa en otoño; es capaz de torear un astado pero no sabe cómo tratar a una mujer. Pedro le ha dado consejo. La montura atabalea dando muestras de inquietud; siente a su amo.

Cuesta tanto respirar. El aire quema en las narices. No se sale a la calle a la hora de la siesta; los lugareños se esconden en casas lóbregas con las ventanas cerradas para impedir que se cuele “la” calor. Mauricio entró discretamente. La estancia está oscura a pesar de las paredes encaladas. Suda del calor del campo y suda aún más de los nervios pero tiene que practicar para dar la talla. Blancas las paredes, blancas las sábanas, blanco el sayo que la cubre, todo blanco menos ella que es tostada. Tiene miedo a aplastarla, tan flaca, inmóvil y rígida sobre el colchón de lana. Se desnuda solo a medias con una mezcla de prisa y vergüenza y le separa las piernas buscando el calor de la vulva. La cubre con su cuerpo y acompaña con la mano su miembro hacia el de ella. Y aprieta para que entre. De las embestidas un pecho pequeño se le ofrece a la vista y lo chupa, lo chupa y lo muerde como un niño de teta. Eugenia lo observa en silencio agarrándose con ambas manos a los fríos barrotes de hierro para no torcerse el pescuezo con ellos. Es inexperto y se corre enseguida. Huele a lavanda, a tomillo del campo, a toro y a leche derramada. Mauricio marcha sin haber dicho una palabra y sin una palabra cree haberse enamorado de Eugenia.

Es agosto y todo el pueblo va de romería menos la coja, que ofende a la Virgen con su mala vida; es mejor mantenerla encerrada en el cortijo. La viuda le reza <<que la cerda para una docena>>, la novia le reza <<que sea la mejor boda del año>>, Pedro le reza <<que llueva este otoño>> y Mauricio reza <<que me quiera Eugenia>>.

La sangre - Se acaba septiembre y aún no llueve. Es domingo y Ermelinda ha ido a misa de diez. A la marrana esta madrugada las tetas le rezumaban leche y le sangraba la vagina. Eugenia le ha estado rascando los pezones durante horas para relajarla y antes de misa ha parido doce gorrinos.

Tres meses, tres semanas y tres días es lo que tarda en parir una cerda. Eugenia también sangra y tiene el día libre.

<<Tomad y comed: este es mi cuerpo que será entregado por vosotros>>.

La tierra se resquebraja bajo el peso del ganado; los toros están nerviosos y Pedro y Mauricio hacen ronda para abrevar las bestias cerca del cortijo de la viuda. Eugenia hace levantar a la puerca y la ayuda a aplastar a sus crías sentándola sobre ellos. Coge su hatillo y abandona en silencio la casa.

<<Tomad y bebed: este es el cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros>>

Mauricio ha estado todo el verano follando a Eugenia a peseta la hora y ya no sólo se desahoga y aprende; piensa continuamente en la zagala.

<<Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!>>

El muchacho ensimismado no ve el ojo de cieno en medio de la marisma a pesar de los gritos de Pedro avisándole desde la loma, y se mete el alazán de bruces en las arenas movedizas. Los buitres sobrevuelan los campos baldíos buscando la carroña que el verano y la sequía van dejando por las marismas yermas. Y sobrevolando en círculo se acercan pacientes a Mauricio y su montura. Eugenia lo observa desde la orilla.

- ¿Y si te digo que te quiero?- susurra él con el barro hasta la cintura.

Eugenia salta a la grupa del caballo medio hundido. Todos en el llano saben que pocos se salvan del agujero negro de la marisma.

<<Podéis ir en paz>>

<<Demos gracias a Dios>>

Eva María Marin Sánchez